

lás me miró con ojos de interpretar el menor gesto mío, pero yo puse cara de póquer y fui directamente al teléfono. Fue Julia quien se puso.

—Oye, ¿que sea la última vez que tiras piedras a mi ventana! ¿Te has vuelto loco?

—Julia, por favor, óyeme.

—Puedo oírte y tú puedes llamar civilizadamente, por teléfono.

—Sí, es verdad, pero es que pasaba por allí...

—¿Y vas a tirar piedras cada vez que pases?

—No es eso, no es eso, Julia. ¿Quiero que me oigas!

Se hizo un silencio a ambos extremos del teléfono y por un segundo sentí que el destino estaba en mis manos, y, al mismo tiempo, que dijera lo que dijera, mi destino estaba en sus manos.

—No quiero que digas lo primero que se te ocurra, Julia, te lo pido por favor; concédeme, por todo nuestro pasado, dos segundos (iba a decir de perdón, pero dije:) de reflexión. He decidido irme a Madrid.

No tuve que callarme; me interrumpió en la última sílaba.

—Puedes irte a Madrid o a Coritiva, eso es asunto tuyo, hay mucho lugar en este mundo, para ti y para tus piedras.

—No digas eso, Julia —acerté a balbucear impresionado por su temperamento y por mi ineficacia.

—¿Y cuándo has decidido eso? ¿Vas a dejar tu trabajo? ¿Se lo has consultado ya al gracioso de tu tío? ¿Y a tus padres?

—¡No te consiento que te mofes de Guillermo! No tiene nada que ver con mi decisión. Simplemente que no podría quedarme aquí, compréndelo.

—¿Y por qué debo yo comprenderlo?

Me estaba poniendo a prueba, era evidente. Empujaba mi cuerpo un poco más hacia el precipicio, con la curiosidad de ver si caía. Hice un esfuerzo por agarrarme a algo y sacando la voz con algo de esfuerzo le dije:

—Julia, ¿es que no te acuerdas de nada?

Tartamudeó. Yo me calmé, bajé el tono de voz. Con la mano derecha tironeaba de la cometa agitada por el viento; con la izquierda amansaba las aguas, y trataba de silbar al tiempo que susurraba algunas palabras con voz ligeramente ronca. Qué gran momento, de verdad. Nicolás me hizo señales de si quería tomar un whisky. Asentí. Deslicé, sin esfuerzo, un poco de amor y un diez por ciento de humor; luego, de golpe, un noventa por ciento de humor y el resto repartido de varias maneras. Dos combinados perfectos según los momentos y que aquí combiné instintivamente con magisterio.

—Julia, te agradezco que no me consideres un *dilettante* —dije ya relajado, disfrutando de que el mundo hubiera recobrado su cordura y se me ofreciera a mi deseo.

—¡Qué dices! ¿Cómo sabes eso? ¿Me has estado espiando? —Le expliqué con brevedad lo ocurrido y el combinado estalló como una granada de interjecciones: —¡No, no te considero un *dilettante*, te voy a decir lo que en realidad pienso de ti!...

Mi amor propio me impide anotar ciertas cosas; no creo que el amable lector tenga derecho a saber esto y lo otro como si pudiera estar en el gran ojo-oído de *Herr Narrator*. Después de decir lo que tenía que decir, Julia colgó. Yo me quedé en una situación extraña: no estaba tirando piedras, ni escondido en el portal, tampoco sabía si me iba a Madrid o si me iba a dedicar a deambular por los cruces de camino de mi tío Guillermo dando buena cuenta del montilla. Parecía probable, sin embargo, que Julia me hubiera vuelto a dejar, o que en realidad no hubiera vuelto, y que toda mi felicidad habría consistido en esos breves segundos destrozados por mi orgullo. Era terrible, pero parecía algo seguro. Afortunadamente, Nicolás que, con cierto pudor, me oía perplejo, se sentó frente a mí para compartir el whisky. «¿Tengo que contártelo todo?», le pregunté lleno de cansancio.

—No, no es necesario si tú no quieres, pero me gustaría.

Bebí un trago y me hundí en el asiento. A diferencia de mis agitaciones y torbellinos, la noche estaba calmada. Una luna impávida iluminaba el patio y desde la sala podíamos ver su resplandor, su misteriosa visita.

—Bien —le dije como quien recuerda—, tal vez todo esto comenzó el día en que Julia...

No recuerdo lo que dije pero sí que no paré en un par de horas: un argumento claro, pero lleno de matizaciones oscuras y de espacios laterales que la trama principal arrastraba recogiendo después y resolviéndolos para complicarlos nuevamente. Como la vida misma. Probablemente no era verdad casi nada de lo que dije, pero Nicolás pedía más y más, preso de una curiosa ebriedad. Cuando me fui a dormir me preguntaba si no sería verdad lo que había dicho, aunque nada o poco de lo que le había narrado —y no por voluntad de mentir sino por la inclinación del lenguaje— correspondiera a la realidad. ¿Y cómo era eso posible? ¿Podría haber comenzado de nuevo y contarle todo de otra manera? Si había una verdad, paradójicamente, estaba en el espíritu de la letra que, en este caso, era de la voz. Todo antes que decirle a Nicolás y decírmelo a mí mismo, que lo que en realidad (¿en realidad?) ocurría es que yo no entendía nada, pero que estaba dispuesto a ofrecirme como mártir de esa causa.

IV

No tengo más remedio que detenerme. Es verdad que todo acercamiento a uno mismo o a otro (una forma de cercamiento, de poner coto), está siem-

pre abocado a un mar de aproximaciones. Al principio —al principio de todo, es decir, un poco antes de entrar en el bosque— pensé en contar todo esto de una forma edificante... No una historia moral, pero sí una historia amorosa que fuera, sobre todo para sí mismo, ejemplar, como son ejemplares los mitos, los ritos y las leyendas antiguas. Y escribí no sé cuántas páginas que nada tenían que ver con Guillermo, Julia, y ni siquiera conmigo mismo. Notaba en todas esas páginas, que felizmente ya no existen, que cometía pequeños errores para que el universo celeste de la pareja coincidiera. Pero finalmente clavé en la juntura, entre mundo referencial y referenciante, una aguda diferencia que acabó incendiando no sé cuántos folios, tal vez más de mil. Luego, bañado ya en la matriz cenicienta de todas esas palabras borradas por el fuego, volví sobre el asunto habiendo fatigado previamente varias de las obras donde se *cuenta* una historia. Mi situación era crítica. Durante días escribí en primera persona la historia de ambos (más exactamente: en primera la mía, las de los demás, en tercera, y la de algunos hasta en cuarta dada la poca importancia de los casos). Primera persona, género masculino. Profesión: *amateur*. Fingí hasta las lágrimas que él era yo mismo. Incluso, cuando copiaba páginas que yo mismo había escrito en otra época, las fingía como mías. No tardé en sentir vergüenza y abandoné la tarea. Pensé, y pienso, que no estaba escribiendo de mí sino sobre o con un material por el que sentía una atracción más allá de lo meramente biográfico.

Lo habitual en un caso así, es que alguien se lo encuentre en un baúl, y no lo que a mí me está pasando. Compra, por ejemplo, los restos de una biblioteca y la señora viuda o los hijos, poco aficionados a la lectura, le dicen: hombre, ya que se lleva usted todo eso, por qué no acarrea también el baúl donde quizás encuentre algo que le sirva; y allí, precisamente, entre dos montones de libros, halla un cuaderno atado por unas cintas. La letra es un poco difícil y abandona por un tiempo la tarea de desentrañar esa escritura, pero un día, un día de lluvia en el que los amigos han desaparecido, la novia, amante, mujer o concubina no se sabe dónde está y la ciudad parece azotada por el extrañamiento, entonces se sirve un *scotch* y se acerca a la biblioteca, desata el cuaderno y mientras lo descifra, casi sin darse cuenta, lo va pasando a limpio en un cuaderno de similar tamaño. Lo que en un principio parece una tarea de amanuense pronto comienza a hacerse apasionante. En fin, ya ha dejado de llover, los amigos han resucitado y la mujer cuyo retrato (¿qué fecha sería?) está sobre la mesa, ha llamado un par de veces, pero él no acepta ir a ninguna parte, se acuesta *de bonne heure*, pero no para dormir, no, sino para dedicarse en cuerpo y alma a ese cuaderno voluminoso de letra menuda que una vez pasado a limpio dará más de mil páginas distribuidas en cuatro cuadernos. Ah,

qué nostalgia, ¿por qué no? Pero debo reconocer que en mi caso no ha sido así: yo me he encontrado, por decirlo así, con los *hechos*, que es como haberse encontrado uno con la vida misma, ¿me entienden? Es decir, con nada. Miro ese espacio y acabo mareado por una desmesurada impotencia. De pronto, encuentro la solución que ya a ustedes se les habrá ocurrido: escribiré el cuaderno, ese cuaderno mítico, original, como sacado de las entrañas mismas de la madre literatura, del árbol de la vida, de la ciencia, del bien y del mal, y diré que andaba perdidizo y lo he encontrado. Y lo escribiré suponiendo lo que, comprensiblemente, uno podría encontrar tratándose de un hallazgo así, literatura, mucha literatura. *Me* diré que lo he encontrado, y a fuerza de ir escribiéndolo, lograré ir encontrándolo. ¿Qué tal? Miguel de Cervantes, que fue un escritor que vivió entre 1547 y 1616, escribió concretamente un libro bajo esta argucia: «desocupado lector, no soy yo quien escribe este torpe libro sino Cide Hamete Benengeli». Pero sabemos que Hamete fue Cervantes, y si el alcalaíno viviese yo iría a decirselo, a decirle que él es el autor, aunque —ya me lo imagino— me lo discutiría mil veces. Y es que nadie quiere serlo, salvo los mediocres. Todo escritor mediocre quiere ser el autor de la obra, no vive para otra cosa, parece que le va la vida en ello y quiere serlo tanto que a veces se olvida de escribir el libro. Pero sigo con mis silogismos: una vez muerto Cervantes (1616) ya no puede oírme ni discutir estos argumentos, esto parece obvio. Avellaneda —y disculpen o culpen esta digresión, me da igual— hizo esto mismo que yo quería decirle a Cervantes. ¿Así que vuesa merced no es el autor, y lo copia o lo traduce? ¡Pues yo también voy a ser el autor de esa obra! Y Don Miguel le salió al camino haciéndole ver que «hinchar perros» y escribir novelas buenas no es cosa fácil, y que presentaba al lector la segunda parte de la vera historia, «cortada del mismo artífice y al mismo paño que la primera». O sea: de Cide Hamete. Don Miguel mata al Quijote y a Quijano y luego muere él, y ya se sabe que nada como morir para ser autor de la propia obra, y, en ocasiones, de la de otros. Sin embargo, la situación en la que yo me encuentro me parece nueva, aunque todo el mundo me dice que no, que es un lugar común de la literatura y otras monsergas.

Entonces, ese espacio innombrable que logra marearme, es generador de caminos, cursos, discursos y meandros. La propia experiencia es buena prueba de ello. Por lo que observo al leer lo que escribo, mis agonistas confunden la reflexión con la narración, el vértigo con el freno que trata de situar la emoción dentro del campo de las ideas. En ocasiones se diría que el sentimiento se banaliza, en otras más afortunadas y escasas, se incendia: su luz, más que cegarnos o devastar el universo, lo descubre bajo una temperatura corporal. (Esta frase podría utilizarla un crítico al que no se le ocurriera nada, y quedaría bien.)

Dicho esto, me apresuro a decir otra cosa: la fidelidad que durante años me imponía no era sólo a los *hechos*, por llamar a *eso*, a ese puñado de relaciones inexistentes de los cinco sentidos y el universo, de alguna manera. No, yo quería ser fiel además a su futura ordenación verbal. Puesto que *aquello* no podía decirse que existiera ni que haya sido nunca un objeto mostrable, o analizable —como se dice que un micólogo analiza un hongo—, escribir ha sido para mí, en profundidad, oh, dios mío, el camino y la verdad. Y en estas dos palabras está comprendida la relación que he mantenido, sin saber dónde comenzaba la imposición y dónde la libre elección, con *eso* y *esto*.

Juan Malpartida

LETRA

INTERNACIONAL

NUMERO 32 (Marzo 1994)

EDGAR MORIN: Sarajevo
RIAN MALAN: Las tribus blancas del Ulster
EDWARD SAID: La mañana después
ROBERTO BLATT: El fin del mito

IGLESIA Y ETICA

CORNELIUS CASTORIADIS: La miseria de la ética actual
GIANCARLO ZIZOLA: El «Drang Nach Osten» del Papa Woytila
ENRIQUE MIRET MAGDALENA: Educación y valores en un mundo dividido
OSCAR SCOPA: La traducción de un sexo invariable
«NOS EL INQUISIDOR...»

TONI MORRISON: Lenguaje y Vida

INFANCIA: MODELO PARA ARMAR

EDGARDO OVIEDO: Grandes ilusiones
JOSE JESUS SANCHEZ MARIN: La infancia, modelo para armar
DAVID J. Y SHEILA M. ROTHMAN: La nueva Rumania
«SU SILENCIO ES UN GRITO...»
IVAN KLIMA: Mi infancia en Terezín

FEDERICO FELLINI: Paseos con luna
ANDREJ BLATNIK: Las paredes húmedas

Poemas de ALLEN GINSBERG

Giulio Giorello, Adam Michnik, Rosa María Pereda: Correspondencias

Suscripción 4 números:

España: 2.400 ptas. – Europa: 3.800 ptas– América: 5.800 ptas

Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración:

Monte Esquinza, 30, 2.º dcha. Tel.: 310 46 96. 28010 Madrid